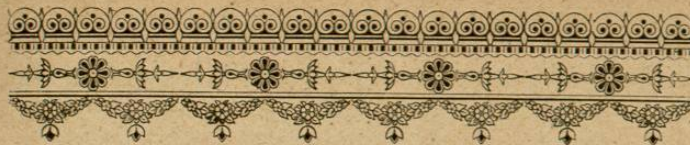


mencionados, sino abalanzándose hasta pretender la fusión del elemento épico con el teatral en *El desengaño en un sueño*¹, digno remate del grandioso edificio en que sirven de base *Don Alvaro* y de intermedio los romances y *El moro expósito*.

Al apreciar en conjunto las obras poéticas de su común autor, no se puede menos de reconocer en ellas un ingenio poderoso y flexible, que, en un espacio de tiempo relativamente muy breve, brilló con singular lucimiento en las dos escuelas que se disputaban el campo de la literatura. Después de convertirse al romanticismo, él lo inició en la poesía lírica con *El faro de Malta*, y en la narrativa con *El moro expósito*, introduciéndolo definitivamente en la escena con su inimitable *Don Alvaro*. Imitó, como tantos otros, á los románticos franceses; pero con espíritu de libertad y asimilación discreta, acudiendo para hacer fructuosos los trabajos de reforma literaria al espíritu tradicional y á los olvidados modelos españoles. A ningún otro poeta mejor que al Duque de Rivas cabe, pues, la gloria de representar el triunfo definitivo del romanticismo en España.

¹ Obra representada por primera y única vez en 1875.



CAPÍTULO IX

EL ROMANTICISMO EN LA POESÍA LÍRICA

Espronceda¹.

LA poesía deja de ser en Europa al comenzar el siglo XIX un pasatiempo agradable, convirtiéndose en intérprete de la realidad viva y en materia conductora de las revoluciones sociales.

¹ Nació D. José de Espronceda en Almendralejo (Badajoz) en 1810. Traducido á Madrid con su padre, militar de alta graduación, estudió la segunda enseñanza en el Colegio de San Mateo, ganándose con sus brillantes disposiciones el cariño y la admiración de D. Alberto Lista. Afiliado á la Sociedad secreta de *Los Numantinos*, se le desterró de la corte á un convento de Guadalupe, donde compuso el *Pelayo*, poema que perdió después, conservando tan sólo algunos fragmentos. Por entonces comenzaron sus aventuras amorosas con aquella desdichadísima Teresa, á quien había de dar la inmortalidad triste del escándalo; pero recelándose de las pesquisas de la autoridad, y ansiando por una vida más libre y desahogada, se trasladó á Lisboa, de donde no tardó mucho en partir para Inglaterra. Allí vió á su amada, á quien sus padres habían casado con otro hombre; y sin atender á más leyes que las de la pasión y el capricho, se fugó con ella á Francia, teatro de una sangrienta revolución (1830), en que tomó parte Espronceda. Vuelto á España en 1833 sufrió un nuevo destierro, y fué sucesivamente periodista, tribuno, conspirador, secretario de embajada y Diputado á Cortes (1841), distinguiéndose por su exaltación en el seno mismo del partido progre-

Para hallar esta inspiración nueva y osada, sorprendiendo sus primeros pasos en nuestra literatura, no hay que buscarlos entre los apasionados de las tradi-

sista, hasta defender abiertamente la democracia. El hastío, antes que la muerte, vino á poner término á sus criminales amores, sustituidos por otros más fugaces; y calientes casi las cenizas de Teresa, una inflamación de la laringe concluía con la tempestuosa existencia de su amante en 23 de Mayo de 1843.

La primera edición de las *Poesías* de Espronceda salió á luz en Madrid (1840); de las posteriores mencionaré la de Baudry, las tres ó cuatro de la *Biblioteca Universal*, y las dos que recientemente ha publicado la *Biblioteca amena é instructiva* con el siguiente título: *Obras poéticas de Espronceda, precedidas de la biografía del autor. Edición completísima é ilustrada. Barcelona, 1882* (la segunda). Finalmente, y autorizado por sus herederos, ha aparecido un tomo de sus *Obras poéticas y Escritos en prosa. Colección completa, enriquecida con varias producciones inéditas encontradas entre los papeles autógrafos del autor; ordenada por D. Patricio de la Escosura, Académico de la Española...* Madrid, 1884. Los juicios que consagraron los periódicos á las poesías de Espronceda en su primera aparición valen poco, y sólo merecen exceptuarse el de D. Alberto Lista hasta cierto punto (Véase en sus *Ensayos literarios y críticos*), y el de Enrique Gil, incluido en el *Semanario Pintoresco* (año 1840, págs. 221 y 231). Muchos años después nos habló Escosura sobre la Sociedad secreta de *Los Numantinos* y sobre las aventuras y carácter de Espronceda en su juventud (*Recuerdos literarios*, artículos insertos en *La Ilustración Española y Americana*, año 1877). Más rico en noticias, y al fin obra literaria, es el *Discurso del Excmo. Señor D. Patricio de la Escosura, individuo de número de la Academia Española, leído ante esta Corporación en la sesión pública inaugural de 1870* (Madrid, 1870). *Tres poetas contemporáneos: Pardo, Vega y Espronceda.*

Casi no debiera nombrar al novelista populachero E. Rodríguez Solís, autor de un opúsculo rotulado *Espronceda, su tiempo, su vida y sus obras. Estudio histórico biográfico...* (Madrid, 1883); libro insubstancial y detestable por todos conceptos, comenzando por el fondo y la forma, y concluyendo por la edición. Aquello no es crítica, ni cosa que lo valga, sino un amasijo de especies inconexas, en que se habla de lo presente, pasado y futuro, de la política española, de la guerra civil, de la república en España, de todo menos del objeto principal... Hasta en los títulos se descubre la afectación y el mal gusto. *Nieblas* es el del capítulo II, *Luz* (!) el del III, y el del VII (no es mentira, no, aunque lo parezca) *Apuntes para la historia del partido republicano español*. No se atreve á hablar hasta el X y último de *Espronceda como hombre, como político y como literato*, donde reune, vengan ó no á cuento, algunos testimonios á favor de su héroe, no todos autorizados, y se despide con la mayor frescura del asombrado lector. *El diablo mundo* se queda sin juzgar, como no quiera llamarse juicio al breve fragmento que le consagra, copiándolo de Don Antonio Ros de Olano.

ciones antiguas, ni en aquellos líricos en quienes es ahogada la idea por la pompa exterior y deslumbrante, sino en el émulo de Byron y Shelley, en el autor de *El mendigo* y *El reo de muerte*, en Espronceda.

Su nombre tiene algo de misterio; su memoria va indisolublemente enlazada á la de la Bohemia madrileña durante el período romántico, y más que á una personalidad solitaria, parece corresponder á una legión. Si las naturales disposiciones de un individuo, unidas á la cualidad de poeta, pueden encumbrarle á intérprete y prototipo de la sociedad en que nació, con su fisonomía propia y sus más íntimas aspiraciones, en verdad que Espronceda poseyó esos atributos todos, y, por lo tocante á España, grabó en sí mismo, en su vida y en sus obras, la imagen de una generación entera. A la vez, y como vigoroso sello de individualismo, aparece entregado á las pasiones sin freno, que destrozaron implacables su corazón, no sé si copia ó tipo ejemplar del de los personajes que aparecen por sus poemas. En el aspecto exterior de Espronceda se reflejaron con siniestra verdad las afecciones de su espíritu, que parecieron transfundirse en la mirada inquieta y abrasadora, en la faz pálida y descarnada con cierto tinte de melancolía sepulcral, indicio de prematuro envejecimiento.

Tan manoseada como cierta, tan falta de novedad como llena de significado, es la comparación entre Espronceda y lord Byron. La primacía de tiempo está por Byron, y fuera de la cariñosa afición que le tuvo Espronceda desde su mocedad, es constante que procuró seguirle siempre, conforme lo prueban, no tanto la analogía de argumentos y personajes, como el estilo y tono especial, tan semejantes en los dos, salvo la forzosa diferencia del idioma. Probable es que entre los ensueños de gloria fantaseados por el joven discípulo en sus verdes abriles viviera el de hombrearse con el insigne poeta del *Childe Harold*.

Unas veces entregados al epicureísmo egoísta, otras cediendo á las inspiraciones del entusiasmo y la independencia, palpita en uno y otro la febril agitación de quien corre sin norte seguro tras ideales incógnitos; son, puede decirse, los caballeros andantes del amor y de la libertad.

Concretándonos á Espronceda, muy contadas veces se sustrajo á esta ley, y ésas sólo en los primeros días, cuando ni los dolores de la existencia y el tedio devorador, ni la lectura del modelo habían envenenado su espíritu. Así se le escucha en la elegía *A la patria* entonar el himno reposado y apacible, que más tarde se convierte en ardorosa declaración, descolgando el arpa de Jeremías y haciendo resonar en sus notas los recuerdos del tiempo pasado y las tristezas del presente. Así, en los fragmentos del *Pelayo*¹, primeros y vigorosos vagidos de su musa, vemos resucitar á la España de la Reconquista en una serie de magníficos cuadros, no precisamente por su verdad histórica, sino más bien por la opulencia y magia de las pinturas, ora risueñas y floridas, ora de lúgubre y aterrador aspecto. No es que el conjunto alcance el tono de la epopeya, como alguien ha pretendido; pero, en esfera más reducida y humilde, sólo elogios merecen las bizarrías de ejecución y los prodigios de pincel que admiramos en *La batalla del Guadalete*, *El consejo*, *La procesión*, y sobre todo en *El cuadro del hambre*; cuadro realista cuyo mérito estriba precisamente en las crudezas del estilo y la dicción. Algunos de esos fragmentos, y lo mismo las imitaciones ossiánicas, denuncian ya al tempestuoso poeta de los amores tristes y las miserias sociales, doble representación de Espronceda en la literatura española.

Mucho se ha hablado, y no sin fundamento, de su escepticismo desolador; pero éste no es sino conse-

¹ Algunas de las mejores octavas de este poema son de don Alberto Lista.

cuencia inmediata de los dos principios señalados; es decir, que Espronceda, como tantos otros, no es esceptico por reflexión, porque haya creído descubrir con el paciente estudio la nada y el vacío de todas las creencias vulgares, sino que lo es por instinto, por tendencia natural en el corazón que atormentan la desgracia y el hastío. Después de reducir á los sensuales la suma de cuantos placeres puede disfrutar el hombre; después de conocer la inconsistencia de esta soñada felicidad, asoma á los labios naturalmente la mueca del desdén insultante y frío, cuando no las blasfemias de la desesperación. De aquí procede el que nada bueno hallen en los demás esos censores orgullosos; que la sociedad toda sea para ellos objeto de escarnio, y que las justísimas leyes del decoro, de la virtud y del derecho se conviertan bajo su pluma en tiranías insufribles y misteriosos problemas sólo porque se oponen á sus caprichos y aspiraciones. La enfermedad de Chatterton y Byron, de Leopardi, de Musset, de Heine y de cien otros, lo es también de Espronceda; mas, para su descargo, hemos de convenir en que no puede tanto sobre él como sobre los demás el egoísmo, reemplazado por móviles generosos y no de tan mezquina procedencia.

Él sintió como nadie los estímulos del amor impetuoso, de ese amor que se nos presenta en sus estrofas, no ceñido con la luciente aureola del espiritua-lismo cristiano, sino revuelto con las heces de la lujuria, despertando las energías del alma y los hervóres de la sangre, sin más fin ni más esperanza que el instantáneo placer. Él nos le ha retratado, hastiándose del mundo, de las mujeres y de sí propio, buscando la tranquilidad en el seno de la tumba. Una vez en la ardiente y sentida confesión de su espíritu, otras en cabeza de fantásticos personajes creados á su semejanza, Espronceda inmortalizó ese amor en el soberbio *Canto á Teresa*, argumento de cuán superior es en las

descripciones la poesía sobre las mismas artes plásticas cuando diestra mano la maneja, y en *El estudiante de Salamanca*, una de las muchas imitaciones que se han hecho en la literatura moderna de aquel *Burlador de Sevilla*, fantaseado por el Maestro Fr. Gabriel Téllez.

¡El *Canto á Teresa!*: ¿quién no ha leído con placer estético, y quizás con sonrojo, sus voladoras estrofas, encendidas por el fuego de la pasión, bañadas por la luz del mediodía y envueltas en nubes de esmeralda y de carmín? La pasión virgen y semi-idílica, convirtiéndose en afecto lúbrico y culpable, en tentación engañadora, y, por fin, en remordimiento atroz y sonrisa diabólica, eso es el célebre *Canto* que tantas imaginaciones exaltó en otra época, y que aun vive con el juvenil atractivo de sus primeros días.

La sinceridad y el dolor se abrazaron para engendrar esa inflamada y plañidera elegía; el sentimiento le dió al poeta sus intimidades y ternuras; la imaginación sus encantos, convirtiéndose el lenguaje en instrumento dócil de tan encontradas afecciones. Nada más verdadero que aquella introducción extraña:

¿Por qué volvéis á la memoria mía,
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
¡Ay! Que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazón sólo un gemido,
Y el llanto que al dolor los ojos niegan,
Lágrimas son de hiel que al alma anegan.

Ni la fantasía, ni acaso el pincel, pueden dar cuerpo á las ilusiones del alma mejor que lo hace Espronceda en esta descripción:

Imágenes de oro bullidoras,
Sus alas de carmín y nieve pura,
Al sol de mi esperanza desplegando,
Pasaban ¡ay! en mi redor cantando.

Con estos primores de forma no deja el poeta muy bien parada la virtud; pues si levanta alguna vez el vuelo á las regiones de la ideal belleza, si nos dice con sublime verdad que

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma sola recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo
Que del barro al espíritu desprende,

vuélvese luego su tono en horriblemente desesperanzado, y exclama con satisfacción fiera:

Truéquese en risa mi dolor profundo:
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

No llegó nunca á más la altanera misantropía del mismo lord Byron.

En *El estudiante de Salamanca*, D. Juan Tenorio se convierte en D. Félix de Montemar; pero sólo se colige la mudanza por los nombres y por aparecer más recargada la imagen del vicio en la copia que en su primer modelo. Júzguese, si no, por la que pudiéramos llamar síntesis del poema, por el retrato de su principal héroe:

Segundo D. Juan Tenorio,
Alma fiera é insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor;
Corazón gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y hoy, despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.

.....
Ni vió el fantasma entre sueños
Del que mató en desafío,
Ni turbó jamás su brío
Recelosa previsión:
Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgías,
Mezcla en palabras impías
Un chiste á una maldición.

En Salamanca famoso
 Por su vida y buen talante,
 Al atrevido estudiante
 Le señalan entre mil:
 Fueros le da su osadía,
 Le disculpa su riqueza,
 Su generosa nobleza,
 Su hermosura varonil.
 Que su arrogancia y sus vicios,
 Caballescica apostura,
 Agilidad y bravura
 Ninguno alcanza á igualar;
 Que hasta en sus crímenes mismos,
 En su impiedad y altiveza,
 Pone un sello de grandeza
 D. Félix de Montemar.

Con este tipo del joven disoluto, formado por la soberbia, el cinismo y la impasibilidad, contrasta el de su tímida amante, Elvira, inexperta en los engaños del vicio, víctima triste de su credulidad, y que, como mariposa engañada por los resplandores de la luz, halla la muerte donde pensaba hallar la dicha: alma candorosa á quien el amor despeña por horrible precipicio. ¡Qué bien dijo, al cantarla, el numen de Espronceda!

Hojas del árbol caídas,
 Juguete del viento son:
 Las ilusiones perdidas
 ¡Ay! son hojas desprendidas
 Del árbol del corazón.

Es en general toda esta segunda parte del cuento una elegía, donde no se sabe qué admirar más, si la aérea vaguedad de la hermosa fisonomía, ó el mágico poder de la descripción y la inefable ternura que en toda ella está rebosando.

¡Y cuán artística transición la que nos lleva desde el paisaje solitario, que baña la luna con su tibia claridad, que hermocean el arroyuelo, las frondas y las flores, y donde hemos visto morir á un corazón inocente, hasta la nocturna casa de juego, donde, olvida-

do de su víctima, reposa el infame seductor! La forma dramática, reemplazando á la expositiva lo mismo en los diálogos de los jugadores que en los de D. Félix con el hermano de la infeliz Elvira, es, sin contar lo admirable de la ejecución, una novedad que Espronceda imitó muy cuerdamente de los autores extraños. Enaltecer de nuevo la fuerza de imaginación, la variedad asombrosa de tonos, toda aquella danza de la muerte que comienza por el entierro del impávido mancebo y concluye por sus fatídicas bodas con el cadáver de Elvira en las mansiones infernales; decir que Espronceda aventaja á veces á cuantos han interpretado la anónima tradición que dió el ser á D. Juan Tenorio, es cosa tan justa como universalmente admitida.

Pero cumple á mi propósito notar cómo se cubren aquí de negro las más risueñas ficciones del amor al contacto de otras feroces y horripilantes, lo mismo, ni más ni menos, que en el *Canto á Teresa*. Alma insaciable é incapaz de reposo, tan propensa á la ira como al sarcasmo, llevaba dentro de sí el gran poeta un vacío que no bastaron á llenar los deleites momentáneos, y entreveía siempre al amor tocando con la frente en los cielos, pero sumido también en el fondo de los abismos. Aun hay algo más terrible que la nerviosa carcajada con que finaliza el *Canto á Teresa* y las pinturas de *El estudiante de Salamanca*, y es el conjunto producido por la ardorosa exaltación y el hastío indolente, la pesadilla formada de desengaños punzadores é infatigables estímulos. Diríjese el poeta *A Jarifa en una orgía*, y después de maldecir sus cariños y sus besos, después de dar un adiós eterno á las ilusiones del placer, nos pinta sus dudas, tedios y desmayos:

Y encontré mi ilusión desvanecida,
 Y eterno é insaciable mi deseo;
 Palpé la realidad y odié la vida:
 Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún, y busco codicioso,
 Y aun deleites el alma finge y quiere;
 Pregunto, y un acento pavoroso
 ¡Ay! me responde: desespera y muere.
 Muere, ¡infeliz! la vida es un tormento,
 Un engaño el placer; no hay en la tierra
 Paz para ti, ni dicha, ni contento,
 Sino eterna ambición y eterna guerra.
 Que así castiga Dios al alma osada
 Que aspira loca en su delirio insano,
 De la verdad para el mortal velada,
 A descubrir el insondable arcano.

Otra inspiración no menos influyente acaso que el amor en los poetas contemporáneos ó predecesores del nuestro, es el espíritu de anarquía disfrazado con el nombre de *libertad*, nombre cuya significación nos ha enseñado ya la historia. Extremarlo todo fué siempre la norma á que consciente ó inconscientemente se conformó Espronceda, y por cierto que está muy lejos de desmentirse en sus cantos sociales, patrióticos y guerreros. Reina en todos como una diosa la idea de independencia, forjada allá en horas de loca embriaguez entre el rumor de la alborotada plebe y el del inquieto corazón, ansioso de romper el saludable freno que contiene con su fuerza las pasiones. Engendrados por ardentísima imaginación, tan ricos de poesía como estériles en sentimiento legítimo, lo sustituyen con otro falso y seductor que se apodera del ánimo, deslizándose por él rápida é insensiblemente.

Eran el *bu* de Espronceda las tiranías de cualquier especie: la tiranía de los reyes, la de los poderosos y la de las que él juzgaba preocupaciones sociales. Siguiendo más el tono incisivo y acre de Byron que el popular y aparentemente sencillo de Beranger, el famoso *chansonnier* de la revolución en Francia, interpretó en versos que no morirán las miserias y afecciones de *El mendigo*, *El reo de muerte* y *El verdugo*. El sentimentalismo falso, mas cubierto de oropeles deslum-

bradores; la enérgica virilidad del pensamiento, la cortante precisión y el variadísimo, aunque no siempre feliz, ornato de las formas, prestan al sofisma antisocial un poder de convicción que no tendría apareciendo en su repugnante desnudez. Y no es que Espronceda vele sus intenciones, sino que con la fuerza plástica y el colorido vivaz logra cautivar nuestra atención, ya que no despierte nuestra simpatía. No se conocen en lengua ninguna más elocuentes alegatos contra la desigualdad de clases y condiciones, ó contra la pena capital, sin exceptuar siquiera el celeberrimo de Víctor Hugo, modelo de *El reo de muerte*.

Entran en esta serie *El canto del cosaco*, imitado de Beranger, magnífica aberración de un ingenio vigoroso y sin trabas; la *Despedida del patriota griego de la hija del apóstata* (pese al lugar que le da el autor entre sus poesías), y, por fin, la *Canción del pirata*, tan soberbiamente concebida, tan armoniosamente versificada, tan bien dispuesta, en fin, cuanto á todas sus partes, aun en la material estructura é indefinida variedad de los metros, que basta ella sola para asegurarle á su autor eterna popularidad ¹.

Dejemos las demás poesías sueltas del insigne lírico, pues entre las no juzgadas sólo debe mencionarse con elogio *El Dos de Mayo*, para hablar del tan traído y llevado *Diablo mundo* ², que si no es, como algunos creen, la joya más rica de su corona, representa cuando menos su testamento literario. De dos modos muy distintos puede juzgársele, según advierte Valera: ó como formando una obra regulada en todas sus par-

¹ A nombre de Espronceda corren ciertos monstruosos engendros, manchados de torpezas é impiedades, y que no pueden atribuírsele de ningún modo. *La desesperación* imita en algo su estilo, pero tiene estrofas de lubricidad incalificable.

² De lo poco que sobre él se ha escrito, nada tan digno de leerse como el breve análisis de Valera en la continuación de la *Historia de España* por Lafuente (tomo VI, libro XII, cap. III)

tes, y en ese caso no admite el análisis, ó como conjunto de varios fragmentos mejor ó peor enlazados entre sí, y cuya perfección no depende tanto de ese enlace como de la belleza parcial y propia de cada uno. Este criterio es deficiente; pero no cabe aplicar otro á un poema escrito á retazos y sin premeditación, y que iba dando á luz el editor Boix por entregas como se hizo entonces y después con las traducciones al por mayor. Las palabras de Espronceda no pueden ser más terminantes, aun suponiendo exageración:

Terco escribo, en mi loco desvarío,
Sin ton ni son y para gusto mío.
.....
Sin regla ni compás canta mi lira:
Sólo mi ardiente corazón me inspira.
.....
Caro lector, al otro canto espera,
El cual sin falta seguirá: se entiende
Si éste te gusta y la edición se vende.

No es preciso salir de la Introducción para ver la premura y el descuido con que se escribió *El diablo mundo*. Mucho se pondera, y con razón, aquel soberbio panorama, aquellarre de los espíritus, con sus gradaciones infinitas, su alteza de concepción y su variadísima estructura; pero siempre he creído que en todo entra el capricho genial casi por tanto como la inspiración, y de ello son prueba la obscuridad impenetrable que por allí domina, la indecisa vaguedad de los caracteres y el escaso enlace de la Introducción con la obra. Aquella *Voz admirable y vaga y misteriosa* que parece provocar á Dios, levantándose hasta las nubes, que aduna en sí las aspiraciones, las grandezas y los crímenes del género humano, es una encarnación colosal, pero tan inanimada como lo son las figuras alegóricas.

Dígase lo mismo de las que representan á la Muerte y la Inmortalidad en el primer canto, cuando el viejo

machucho de la calle de Alcalá, entretenido en contemplar las miserias del mundo, siente el ósculo frío y adormecedor de la una y el vivaz y refrigerante de la otra. Y sin embargo de que allí se echa de menos la irremplazable eficacia de la realidad, y de que son aquéllos dos conceptos abstractos fingidos por el poeta, ¡qué derroche tan fascinador de pompa lírica, qué inefable hermosura de descripciones, qué numeroso y rozagante andar de voces y cláusulas! ¿Dónde encontrar un himno tan espontáneo y solemne como el verdaderamente inmortal de la Inmortalidad? Con justicia se asombraron críticos y lectores cuando por primera vez salían á luz la Introducción y este primer canto de *El diablo mundo*, porque apenas si contaba con precedentes, no ya con modelos, en la literatura española.

Mas las esperanzas concebidas no se llegaron á cumplir, ya que el *Canto á Teresa* ha de descartarse como ajeno á la obra, y los demás la dejan incompletísima y con vacíos que no hubiera podido llenar el mismo autor atendiendo á la inconmensurable amplitud del plan, *el mayor*, dice su prologuista Ros de Olano ¹, *que hasta ahora se ha concebido para un poema*. Yo bien creo con el mismo crítico que *Espronceda se propone enseñarnos el mundo físico y moral para probarnos que la inmortalidad de la materia es el hastío y la condenación sobre la tierra*; que el héroe ha debido rejuvenecer por completo, y no á medias como el Fausto de Goethe, y que obró cuerdamente el autor *volviéndole la virginidad al alma, la inexperiencia al juicio y dándole unas sensaciones no gastadas*. Pero ese fin, aun sin fijarse en la contradicción filosófica que

¹ El estudio que hizo para la primera edición de *El diablo mundo*, y á que aludimos aquí, contiene, á vuelta de mucho fárrago, algunas ideas aprovechables; sólo que parece escrito en francés con palabras castellanas.

envuelve la inmortalidad de la materia, es completamente inasequible; porque comenzando donde comienza la vida del héroe redivivo, y debiendo ser indefinida en duración, no podía nadie abarcarla sin lanzarse por los espacios de la profecía, recurso muy pobre para un desenlace adecuado. ¿Quién sabe si el colocar la acción en el mismísimo Madrid y en pleno siglo XIX, insultando á la endiosada incredulidad, no será uno de los muchos rasgos humorísticos que vemos en *El diablo mundo*? Para prueba de la tesis primordial, no sólo no lleva camino, sino que es absurda tal disposición, y hubiera encontrado el poeta en nosotros menos repugnancia trasladándonos á épocas remotas, de más firmes y menos prosaicas creencias.

La transición del primero á los demás cantos es inmensa. El águila que allí se remonta hasta las nubes, abate aquí su vuelo y se arrastra por zaquizamies y lodazales; el pensamiento generador del poema desaparece ó se desvirtúa, y la misma inspiración decae lastimosamente. Un nuevo Petronio, no menos preocupado y conocedor del hombre que el representante de la decadencia latina, va arrancando sin piedad el velo que oculta las abominaciones sociales, presentándolas al desnudo y con el indiferentismo gélido de un alma entumecida por la experiencia y los desengaños. La prisión de Adán, los amoríos de la Salada, los consejos del tío Lucas, las escenas del Avapiés y el robo de la Condesa, son, en su mayoría, cuadros de brocha gorda, con tal cual equivocación feliz, dignos algunos de D. Ramón de la Cruz, imitados otros de los que por entonces introducía Eugenio Sué en sus novelones de costumbres. Fácil es hallar en *El diablo mundo* la tendencia socialista de *Martín el expósito* y *Los misterios de París*, y el prurito por hacer responsable á la sociedad (ente de razón muy maltratado por estos aprendices de filósofos) de todas las miserias y todos los vicios. En cuanto á Espronceda, no

deja de ser habilidoso el medio de que se vale para poner de resalte todas esas injusticias: perpetra su héroe crímenes castigados justamente por la ley; pero como ya de antemano le ha revestido con el candor inconsciente de la inocencia, hace que, al presentarse la justicia, semeje á una evocación siniestra empeñada en hacer infelices á todos los hombres. Este es el único fruto del remozamiento y de la inmortalidad de Don Pablo, porque para actor y espectador de tan vulgares episodios no se necesitaba ente tan extraordinario, y sí sólo algún pilluelo de plaza ó algún jaque perdonavidas.

Descubiertos así los flacos de plan y de ejecución que hubieran impedido concluir la obra al mismo Espronceda¹, debemos aún parar mientes en ese espíritu malsano de escepticismo y de desdén que por todas sus partes asoma, junto con el afán de convertir en insolubles problemas las más sencillas verdades. Esta es una de las primeras y más desembozadas manifestaciones del *humorismo* en nuestra literatura, tomando la palabra en su acepción novísima. Espronceda, que de fijo no conocía ni aun de nombre al autor del *Intermezzo* y *La nueva primavera*, fué *heiniano* por anticipación y por instinto.

Su temperamento literario, si vale la frase, todo fogosidad y nervio, le arrastraba á la declamación lírica, vedándole los campos de la escena, por los que sólo hizo furtivas y no muy felices excursiones. Una comedia en colaboración con D. E. Moreno López (*Amor venga sus agravios*, 1838) y una tragedia, hermosa hasta cierto punto, aunque desarreglada y poco

¹ Hasta tres continuadores ha tenido *El diablo mundo*: don M. de los Santos Alvarez, que no llegó á escribir más de un canto (V. *Semanario Pintoresco*, año 1853, págs. 6, 14, 23, 30, 38 y 55); D. P. A. de Alarcón, que inutilizó los manuscritos hace muchos años, y un D. M. Carrillo de Albornoz, que completó todo el poema.

igual, son los frutos de su talento dramático. La tragedia, basada, como tantas de nuestro Teatro, sobre la historia de *Doña Blanca de Borbón*¹, quizás no excede en mucho á la que con el mismo título escribió Gil y Zárate en sus días de fervor clásico, y sobre todo en la primera de sus partes, que es también rigurosamente clásica, tanto como romántica la siguiente. En ésta hay situaciones de admirable efecto, no por el estudio y la novedad de los caracteres, sino por lo vigoroso y elevado de la interpretación: las evocaciones de la maga y la fisonomía de su hijo, por no descender á más ejemplos, descubren bien su filiación y procedencia.

Debo ahora vindicar á Espronceda de la imputación de plagio², por confundir muchos esta oprobiosa cualidad con la muy desemejante de imitador. Tal equivocación concluiría de una vez con el mérito de los más insignes poetas, porque todos han sido imitadores sin perjuicio de la originalidad. Salva la desemejanza de otras fuentes nacida, imitaron, como á Byron Espronceda, los ingenios de nuestro áureo siglo XVI á los clásicos latinos y á los italianos de aquella misma época, sin dejar de conseguir ventajas sobre ellos, según acontece en *La profecía del Tajo* con respecto á la horaciana de Nereo. Si lo que hace insigne á un poeta es la asimilación, digámoslo así, de

¹ Inédita hasta que Escosura publicó algunos fragmentos en su mencionado *Discurso* como comprobantes del juicio que le consagra.

² Así le siguen llamando algunos Zoilos, muy contados por fortuna, que no merecerían de Espronceda, si viviese, ni aun la contestación que dió al Conde de Toreno. Dicen que, habiéndole presentado aquél algunas de sus composiciones, se las devolvió luego el Conde con las siguientes palabras: *Me gustan más los originales*; y que de tan fina y tan injusta sátira brotó en el ánimo del poeta aquella invectiva feroz de *El diablo mundo*, que concluye:

El necio audaz de corazón de cieno
A quien llaman el Conde de Toreno.

conceptos, aunque ajenos, vaciados en nueva turquesa y al encendido calor de su espíritu, cuando no cabe entera novedad, no sé yo con qué razón hemos de arrebatarse esa gloria á Espronceda. Por su manera de ser se aparta, en verdad, de la corriente tradicional en la poesía española; pero ¿qué cosa no participó y participa de esa universal degeneración? Dígase en cambio si una sola vez se confunden sus obras con las de los modelos, si una sola vez pierden aquel soplo de vitalidad que no se transfunde ni se falsifica, y eso aun cuando más de cerca sigue ajenas huellas. La musa de Castilla, traída á miserable esterilidad por la escuela neoclásica del siglo XVIII, nunca se había mostrado tan majestuosa y pujante, sin exceptuar, á lo menos en mi juicio, los cantos nacionales del mismo Quintana. Bien auguró Lista la fama de Espronceda, y con harta razón dijo de las poesías de este su ilustre discípulo que aventajaban á todas las de su tiempo. Repitámoslo nosotros una vez más, aunque separemos siempre el soberano ingenio con que enriqueció Dios al poeta del lodo con que él lo manchó poniéndole á servicio de malas causas y torpes ideales.

